

7 DE JULIO DE 1879.

Madrid.

Consuela pensar que España no podrá quedar sumida en la ignorancia. Tan grande es el número de lumbreras que pueden difundir en ella su sabiduría. La sala de sesiones de la academia de la Historia estaba ayer repleta de gentes eruditas... El que mas y el que menos ha traducido alguna inscripción china y tratado con bastante confianza a Tubal... Sila historia se perdiera, cualquiera de los que ayer asistieron a la recepción del Padre Fita, podría restaurarla con el solo auxilio de sus datos particulares.

Hay quien ha negado la historia... ¿Qué no ha sido negado en este mundo?

Parece difícil, en efecto, saber con certeza lo que ha pasado hace muchos siglos, sin datos ni noticias auténticas, cuando hoy, con el auxilio de una publicidad inmensa, es imposible averiguar la verdad de un hecho histórico.

Ya Vds. ven lo que se ha pensado, dicho y escrito sobre la crisis de marzo... ¿Quién sabe la verdad?... Alguien sin duda, pero ese alguien no ha querido publicarla... Llegarán los historiadores, y ¿qué dirán?... Dirán tales absurdos sobre Canovas y Martínez Campos, que la posteridad, asombrada de tanta imaginación y tal ingenio, les nombrará académicos de la Historia.

No dudo yo— aunque diga esto— de la autenticidad de las noticias del Padre Fita sobre los primitivos pobladores de España. Me parece, desde luego, que quien tiene paciencia para examinar mas de doscientas inscripciones hispano-romanas, debe estar algo enterado del asunto; creo, pues, que en efecto, para llegar a filosofía hasta los pollos del Veloz-Club, las suripantas del Retiro y los toreros del café imperial, hay que partir de los iberos y los celtas.

Después de todo... ¿El pasado qué es?... Nombrar y cenizar.

No discutamos, pues, por cenizas y nombrar.

Sólo la mentira puede vivir en los siglos inalterable; con mas evidencia de verdad cuanto es mas discutida.

Al mismo tiempo que el Padre Fita y el señor Saavedra descifran célebres adouquines buscando en ellos la biografía de nuestros abuelos, un artista distinguido, el Sr. Balaca, emprende un viaje a la Mancha para examinar los sitios y copiar los lugares que ilustró con sus hechos Don Quijote.

El artista ha creído que para recoger el espíritu del hidalgo manchego era preciso trasladarse allí donde vive su sombra: entrar en las ventas que a él le parecían castillos; ver mover sus aspas a los molinos que le parecían gigantes.

Entre los españoles primitivos del Padre Fita, que probablemente habrán existido, y Don Quijote, que no ha existido jamás, el espíritu humano se decide por la realidad del último.

De los primeros solo han quedado algunas inscripciones que pocos saben leer, del segundo viven eternos ante los ojos y la fantasía de los sabios y del vulgo su retrato, su historia no contradiatoria, su filosofía, ya popular, su espíritu, que es el de la humanidad y que ha creado una literatura.

Dudar de si los iberos y los celtas fueron o no los primeros pobladores de España es admisible; no lo es dudar de que D. Quijote fue el primer hombre de España y será también el último.

Entre todos los usos y aplicaciones en que sonó el inventor de la luz eléctrica para su descubrimiento, no estaba el de ocasionar las corridas de toros nocturnas.

Esta aplicación es un verdadero rasgo de ingenio.

El sol parece tan necesario para una corrida de toros, como que todo el esplendor de la fiesta proviene de la magnificencia con que el espectador sus luces sobre una multitud inmensa y bulliciosa.

Peró la misma extravagancia del pensamiento llevó a los aficionados de siempre a la corrida de toros nocturnos.

Es como dar un baile de máscaras a las doce del día.

El número de espectadores que acudió fué superior al de las localidades de la plaza de los Campos Eliseos: hubo el alboroto consiguiente, gritos, ayes, asalto del edificio, y por fin, detención del empresario y multa consiguiente.

Se había realizado el bello ideal de los aficionados a las corridas: todas las localidades eran de sombra.

La prueba no ha dado buen resultado, por que el manejo de las luces eléctricas fué poco hábil... sin embargo, con el tiempo se perfeccionará.

Por de pronto, gran número de aficionados, que comprenden la necesidad de que se invente un aparato especial para alumbrar la plaza de Toros con la luz eléctrica, se han reunido y han nombrado una comisión que marche a los Estados Unidos para hablar y entenderse con Edison respecto del caso.

El caso es—ha dicho un individuo de la comisión—que Edison no debe saber lo que es una plaza de toros.

—Si no lo sabe—le contestó otro—mandámosle hacer un gran bifecho manguito, se le pondremos delante y le diremos:—Aquí alrededor está la gente, y aquí dentro se lidian los toros...

—Admirable... y después...

—Después Edison hará el aparato...

—Y en cuanto lo haya inventado, para solemnizar el acontecimiento nos comeremos... la plaza.

Ya recordarán Vds. que en otro tiempo, cuando la entrada en el jardín del Retiro costaba dos pesetas, si era noche de concierto, el número de concurrentes era muy limitado.

Este año todas las sillas puestas en círculos alrededor del kiosco de la orquesta están ocupadas, y en el paseo no se puede dar un paso.

No es tan solo preferencia por la peseta, es también armonía, pues las demás noches el público no es tan numeroso y algunas bastante escasas.

Nada tiene esto de particular, puesto que la empresa del jardín del Retiro solo pone en escena obras de un repertorio en exceso gastado.

La empresa tiene predilección por el género bufo, y a decir verdad, en un teatro campesino el género bufo es mas tolerable... El campo es un lugar de libertad y aun de licencia: la cortesía social no es tan exigente; hasta se toleran las faldas de buena educación y la mala crianza: la conversacion es mas viva; el estilo mas inculto, los niños van en carnes, sin gran escándalo de la moral... y hacen vida común hombres y bestias.

Todo contribuye en el campo a suavizar las leyes sociales que en los recintos cortesanos son muy exigentes.

Por lo tanto, en la escena rústica del teatro del Buen Retiro el género bufo es menos grave.

Ningun día se come bien en el restaurant del Retiro; pero los domingos no se come ni bien ni mal.

Ayer nos pusimos a comer varios amigos; vino la sopa a las nueve menos cuarto; a las diez y cuarto me levanté de la mesa... En aquel momento llegaba el pollo asado con su correspondiente adorno de lechuga... Tal vez mis amigos, habrán ya comido.

Se nos sirvió, no obstante, con celo relativo. Muchos se levantaron sin comer: hubo persona que ofrecía un destino de 8.000 rs. por una cuchara; alguien, porque tuvo mesa, se hizo la ilusión de que comería; muchos personajes políticos iban y venían del jardín a mostrador, procurando conquistar siquiera un plato de sopa: dos hombres importantes del partido constitucional salieron de la cocina custodiando al mozo que llevaba una fuente con langosta, a fin de que llegase a su destino... Así es, que los mozos de este restaurant han adquirido un aire magnífico, augusto, imponente... Parece que le dan a Vd. el cetro del imperio elemental cuando le dan a Vd. un palillo.

Lo grave del caso, es que este deplorable servicio da ocasion a escenas impropias de aquel sitio.

Noche hubo cuestiones entre personas respetables y los mozos que pudieron tener desagradables consecuencias, hasta para los neutrales.

Es nada grato, en efecto, estar esperando uno los platos que no le trae el mozo, y encontrarse en la cabeza los platos con que discuten los demás.

El famoso Watel, aquel cocinero francés que se atravesó el pecho con su espada, porque en una gran comida diplomática faltó el pescado, ¿qué hubiera hecho ayer si hubiese estado en el restaurant del Retiro?

Habría ido a la cocina y hubiera presentado su heroico espada al cocinero.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

El bandolerismo por D. Julian Zugasti.—Tomo VII y VIII.—Dos vol. de 318 y 320 págs.—Madrid; Fortanet; 1879.

El Sr. Zugasti ha distribuido las interesantes materias que constituyen este libro, en una introducción y cuatro partes. La introducción, compuesta de tres tomos, narra la conducta del Sr. Zugasti en la provincia de Córdoba en 1870, cuando el gobierno de la Regencia lo nombró gobernador de la misma, encomendándole a sus probadas dotes de talento y carácter, la persecución del bandolerismo que se enseñoreaba de casi toda Andalucía.

La primera parte de la obra, *Orígenes del bandolerismo*, sigue a la introducción en los tomos IV, V y VI. El Sr. Zugasti busca en nuestra historia las causas de ese grayísimo mal y el interesante proceso de su desarrollo. Esta parte, demasiado extensa, es curiosísima. El Sr. Zugasti estudia los anales patrios con un espíritu observador y crítico que le revela en multitud de pormenores las huellas del daño a cuyo examen y extirpación se ha consagrado con tanto celo.

La parte tercera se intitula *Narraciones* y la forman las de gran número de secuestros, constituyendo las Memorias históricas del bandolerismo; narraciones de aventuras tan interesantes, situaciones dramáticas, caracteres tan extraordinarios y sufrimientos y martirios tan nuevos y tan cruelmente ingenuos, que superan muchas veces a todo lo que ha podido imaginarse en este punto, con ser la historia del crimen y de la violencia, tan fecundos en ese género de tristísimas enseñanzas.

A la parte segunda corresponden los tomos VII y VIII que ahora acaban de publicarse. Refiere en ellos el Sr. Zugasti varios secuestros que como el de Orellana y los señores Borrell, de Gibraltar, llamaron poderosamente la atención pública, contribuyendo no poco a que el gobierno comprendiese la necesidad de poner coto con la mayor energía, sin vacilaciones ni tibiaza, a tales desafueros. La narración del Sr. Zugasti es viva, animada, descriptiva; interesa y conmueve a la par. No vacilamos en asegurar que esta parte y la siguiente (*Tipos y episodios*) han de tener mayor número de lectores que el resto de la obra.

Nosotros la hubiéramos ordenado de distinta manera que el Sr. Zugasti, distribuyendo el interés concentrado en esos tomos, para que ninguno dejara de cautivar al público tanto

como el 7.º y el 8.º. Para esto era preciso que de la introducción, las narraciones y los tipos y episodios (donde se refieren la vida, carácter y costumbres de los principales héroes bandoleroscos), hubiese hecho un solo relato, siguiendo el orden en que aquellos espantosos dramas se realizaban, como el historiador de una trascendental contienda o de un complicado período.

Los orígenes del bandolerismo y la *Conclusión* en que ha de exponer el remedio de esa dolencia social, hubieran podido constituir, lo constituyen de hecho, un estudio aparte, de índole y carácter distintos del anterior.

Desearíamos vivamente que el autor llegase a la conclusión, porque deseamos conocer los medios que su buen juicio, ilustrado por una larga experiencia, le ha sugerido para acabar con el bandolerismo. A nuestro entender, es oportuno siempre ese estudio, porque el bandolerismo no ha desaparecido ni desaparecerá mientras subsistan las causas que le dan vida y contri- buyen a su pujanza.

Las tres penínsulas del Mediterráneo castigadas con ese azote, son víctimas de sus rigores por motivos análogos. El bandolerismo no dejara de amenazar al Mediodía de España, al Mediodía de Italia y en Grecia, siquiera en estos momentos ni en Grecia, ni en Italia, ni en España de muestras ostensibles de su existencia, mientras que una organización prudente de los poderes públicos no haga imposibles, separando la administración de la política, el caciquismo y el padrinazgo, que como el señor Zugasti revela varias veces, alimentan esa laga venenosa de nuestra tranquilidad y del bienestar de nuestras provincias meridionales.

Galería de tipos. Retratos y cuadros de costumbres trazados por Francisco Flores García, con un prólogo de D. Pedro Antonio de Alarcón.—Un tomo de xxiv-204 págs.—Madrid; lib. de J. Rodríguez; 1879.

«Ha de admirar el público, dice en el prólogo de esta *Galería* el afamado novelista que lo suscribe, el genio innato y la fuerza de voluntad de este héroe del trabajo (el Sr. Flores y García), que desde la condición de obrero mecánico en que se hallaba, cuando ya era hombre hecho y derecho, ha sabido transformarse por sí solo en escritor, en político, en filósofo, en literato.» Tal es, compendiada, la brevisima historia del autor del libro que anunciamos, venido desde el taller de una fundición de hierro a ocupar puesto señalado entre los críticos y pintores de costumbres que en la actualidad gozan el favor de nuestro público.

El Sr. Flores y García no llega desde luego a los primeros puestos, ni ocupa un asiento en primera línea; pero su libro nos garantiza que podrá ocuparlo algún día. Tiene espíritu observador, talento claro, facilidad en la exposición de sus ideas y un recto sentido moral que no le abandona jamás y que corregirá extravijs como los del capítulo xvi de su obra, que contrasta penosamente con el resto del libro.

Por el conjunto de sus dotes literarias y la índole de su crítica, mas puede creérsele continuador de la obra de Mesonero Romanos que de la de Figaro. Su inspiración no es, a veces, todo lo fresca, viva y lozana que exige siempre el género que cultiva; hay poca espontaneidad en su crítica y algunos de los asuntos que trata, entre ellos el que sirve de tema al cuadro *De la teoría a la práctica*, no están presentados de una manera original y nueva.

Pero prescindiendo de esos lunares, que no alejan toda la obra sino algunos de sus capítulos solamente, la *Galería de tipos* es un buen ensayo que merece aplauso, si el aplauso ha de estimular al Sr. Flores a que, consagrando todas sus fuerzas a este género de trabajos, nos ofrezca nuevos estudios sociales, tan rectamente inspirados, en un afán de mejora, virtud y progreso, como la mayoría de los que forman ese libro.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

El teléfono.

El teléfono ha sido causa de muchos disgustos sociales, de muchas lágrimas, de muchos delitos.

Se cuentan casos horribles, de cuya veracidad no podemos dudar, y que afortunadamente no serán tan frecuentes en España, porque aquí no concedemos tan fácilmente el pase a las invenciones extranjeras por orgullo nacional. Aquí no nos entran moscas ni peligrosas innovaciones.

Además, en nuestro país hay muchos inventores, sobre todo en política: todos los días se inventa algo.

El teléfono es el espía de la humanidad, el enemigo de la tranquilidad del hogar, del pueblo, del país, de todos los hombres.

Fiar sus secretos íntimos al teléfono, es entregarse «en cuerpo y alma» o «atado de pies y manos» a sus enemigos.

Yo conocí al protagonista del suceso que van ustedes a conocer, si gustan: era un hombre honrado; había sido alcalde de barrio y luego ocupó varios puestos de mayor importancia todavía.

Pero amaneció para él un día triste y se casó.

Excusado es decir cuánto nos reíríamos todos los amigos: un hombre de sus prendas, casado, nos brindaba indudablemente con un sin número de emociones.

Ocho días no habían trascurrido desde el de su matrimonio, cuando supimos que le había tocado el premio gordo de la lotería moderna.

Otro de los trastornos de los tiempos en que vivimos: porque ahora la lotería no le cae mas que al hombre de buena suerte, y en tiempo pasado se jugaba una lotería, la primitiva, que le tocaba a quien lo había menester.

Pero no divagaremos, y vamos al ejemplo. Nuestro héroe, apenas se juzgó rico, mudó

de vida y costumbres, y por consiguiente, de casa y de trage, y de todo, quien no hubiera tenido noticias de su cambio social, no le hubiese reconocido.

Nadie, viéndole por la espalda, habría dicho: «Aquel es Fulano» o «aquella es la levita de Fulano».

La transformación fue completa: el hombre había leído mucho, para probar, nada mas, porque no le gustaban los libros, los periódicos podía leerlos en la oficina durante las horas de trabajo, y los libros, no, porque es lecturera mas pesada, como es poca con mucho lento.

Cuando mudó de posición, en vez de leer *papeles públicos*, se entretuvo comprando papel del Estado, pero aun cuando en España suele ser muy buen negocio, asistió a tiempo de hacerse rico, porque si se descuida, vuelve a su antigua posición oficial de diez mil reales de sueldo y *manos pueras*, en la acepción directa de la palabra.

Me parece estar viendo su casa; ¡qué lujo! ¡qué buen gusto había adquirido en el adorno de ella! Había colocado en uno de los salones grandes espejos, pero al alta, que para verse la cabeza en las *luzes candelas*, era indispensable subirse sobre una mesa.

Los retratos de familia parecían pintados con tinta de imprenta: muchos vestían trage de luto riguroso, la muerte prematura de la mamá de la esposa, fallecida a la temprana edad de sesenta años, el escudo de paños y fondo, todo allí en el *grito*, menos las caras de los consortes y el *suero* de nuestro héroe; no parecía sino que sacaban las cabezas y las manos por en aquella habitación *cuando* cualquier extraño sujeto, *viéndose* de los miembros de la familia *ardida*.

Con lo dicho basta para mostrar que nuestro amigo *o conocido*, era persona de buen gusto; pero mas merecía su fama, mujer joven y hermosa, dotada de una *estatura* muy superior a la de su marido, y *mucho* afecta a las innovaciones y novedades.

A su iniciativa se debían muchas reformas en la casa: se establecieron en la cocina hornillas de vapor, y una *verja* para rod telegráfica de campanillas en todas las habitaciones; un criado especial, con uniforme y *correa*, con las iniciales de su cargo, cuidaba de la conservación de *las líneas*.

Obligado por su señora, *antiguamente* de barrio y moderno capitalista, usaba *velos* para recorrer la casa, y por último, para comunicar el piso principal de esta *habitación* al matrimonio, como segundo, *donde* por unos tíos de la esposa de nuestro amigo, se estableció un teléfono.

El buen hombre *manejaba* y hacía valer, hasta cierto límite, sus protestas contra algunos adelantos científicos, y principalmente, aplicados a domicilio; pero siempre *trunfaba* la opinión de la señora; era tan hermosa, tan despejada, profesaba tan entrañable afecto a las conquistas de la civilización!

Algun criado, con esa *malevolencia* propia de gente asalariada, manifestaba opiniones tan tanto ofensivas para la sensatez y *virtudes* de su ama; pero opiniones de criados no llegan al cielo ni a parte alguna, y la doble fama de su señora se conservaba incólume.

Suponer que su ama no estaba en *cabal* juicio!

Es verdad que en algunas ocasiones llegó a pensar lo mismo su esposo, y no era hombre que pensara *exageradamente* en nada.

Establéciese, por fin, el teléfono *pedido* o exigido por la señora, y quedó en comunicación la familia, exceptuando al tío, porque era sordo a la voz de la ciencia y al estampido de un cañonazo.

Practicadas las pruebas con el aparato, que daron muy satisfechos el tío, la tía y su hijo, primo de la señora, y capitán de caballería; todos menos el amo, la víctima propiciatoria.

—«Ese aparato nos va a proporcionar alguna desdicha»—se atrevía a decir el caballero.

—«Siempre refractario a las conquistas del genio ¡qué imbécil eres!»—replicaba la sultana a domicilio.

Respuesta tan expresiva contenía al marido en los límites de una prudente reserva, y triunfaba la opinión de la activa señora.

Pero bien dicen que *hay corazonadas*, que una voz secreta nos dice: «Esto va a ocurrir» «hay lo otro», etc. Solamente por sugestiones del corazon puede explicarse el acierto con que emprendemos muchas cosas que luego nos salen mal.

La corazonada de nuestra víctima fué de las buenas; esto es, de las malas, y en estas se acierta con mayor facilidad.

Pocos días habían trascurrido desde el planteamiento de la línea telefónica intercomunal, cuando se cumplió el terrible pronóstico del dueño de la casa: se hallaba éste en el piso segundo solo con su tío *el reparado* del oído, hablando con perdon; la tía había salido, y su hijo el capitán, también.

La señora supo por los criados que el amo había salido también, para hacer los preparativos del viaje que debía emprender a Valencia, en cuyos alrededores había comprado una quinta o iba a disponerlo todo y amueblarla convenientemente para que su esposa fuese después a pasar con él la temporada primaveral.

Hallábase, como queda dicho, el buen esposo en la habitación del tío para hacerlo algunos encargos, y sobre todo, el de que cuidase de la *pobre ciudad* *temporera* durante el tiempo de la separación y la acompañase hasta Valencia, siquiera cuando fuese a reunirse con su esposo.

En esto estando, oyeron la señal telefónica: esto es, la oyo el esposo de la dama, porque el tío no se preocupaba de ruidos.

Acudó el buen marido al aparato, contesta, y un segundo después oye la voz de su querida esposa, la dulce voz de su adorada, e inocente paloma.

—¿Qué chasaca va a llevar cuando la contes-
téis—pensó el buen hombre—porque ella no sabe
ni estoy aquí.
La voz dirigió la siguiente pregunta:
¿Dices tú?
—Sí, murmuró fingiendo la voz el esposo.
—¿Mi Diego?
Aquel Diego, y puesto en mí, llegó como una
bala al corazón del infeliz.
—¿No se dirige a mí exclamó.
Y efectivamente no había lugar a la duda,
porque él se llamaba Lucas.
—Sí, respondió violentándose.
—Mi...
Otro mí, pero éste no pudo llegar al oído del
esposo tan puro y tan claro como el otro.
La voz continuó:
—Vamos a ser felices; se va y nos deja...
D. Lucas se sintió desfallecer y cayó despo-
jado, mientras el tío, volviendo la cabeza y
viendo al sobrino político en el suelo, decía:
—¿Qué es eso, te has caído? pues no eres poco
torpe; tropiezas en un papel.
Lo que ocurriría después no es difícil presu-
mirlo; como lo que había ocurrido antes.
En vista de este ejemplo, quién se atreverá
a defender el teléfono?

E. DE LUSTONÓ.

Siempre cerca.

Por más que les parezca a Vds. inverosímil
mi recuerdo, la primera vez que la vi, la única
en que he podido contemplar atentamente su
rostro, fué un día en que estaba sentada junto
a mi cuna. Era hermosa, mucho mas hermosa
que las Venus de los escultores griegos y las
Virgenes de los pintores cristianos. Si ni aque-
llos ni éstos tuvieron cinceles ni colores para
reproducir tanta belleza, ¿cómo me atrevería
yo a intentar describirla?

Pero el hecho es que era hermosísima. Toda
mi vida recordaré sus facciones que, por un
extraño efecto de perspectiva, sólo pude con-
templar retratadas en los ojos de mi madre.

Después, no puedo prefiar cuándo, volví a
verla; lo que sí sé es que un día me hicieron
salir de la cuna, y sin dejarme hacer parada
en el acostumbrado apeadero de los brazos de
mi niñera, se empeñaron en que, sostenido por
unos andadores colorados, que aún parece que
estoy viendo, diera mis primeros pasos. Desde
entonces, mis piernas entraron en el pleno
uso de sus funciones.

Para solemnizar tan fausto acontecimiento,
algunos días después, mi padre me obligó a
hacer una agridulce excursión. Me llevó a
una tienda de títeres para que escogiera el
juguete que mas deseara. Al entrar en el es-
tablecimiento creí ver en la puerta a la encan-
tadora mujer que solía sentarse al borde de
mi cuna. Un instintivo movimiento me guió
hacia ella; pero un tirón de mis andadores me
hizo retroceder. Cuando entré en la tienda,
admírense Vds. de mi extraña precocidad, mas
que el deseado juguete, lo que buscaba yo era
a aquella encantadora mujer.

Al salir de allí llevaba un soberbio polichi-
nela en mis manos. Aquel articulado muñeco
había sido mi pesadilla durante muchas no-
ches; por lograrle, qué se yo lo que hubiera
dado. Sin embargo, como mis infantiles ojos
no habían visto en el interior del estableci-
miento a la mujer que creí ver en la puerta, se
desconfió a Vds., mi polichinela solo me inspi-
raba odio.

Por qué extraña casualidad siempre que du-
rante mis primeros años iba a entrar en posesi-
ón de un codiciado juguete o de una ansiada
cosillina, la silueta de aquella mujer pasaba
delante de mí, no me lo he explicado nunca.
Pero de lo que sí estoy segurísimo es que de
terla, aunque siempre de lejos, en todos los
momentos en que iba a ver colmado un deseo,
empezó a nacer este amor que la tengo y la
tendré toda mi vida.

A medida que fui creciendo, la aparición de
aquella sombra, que por tal la iba teniendo ya,
se fue haciendo cada vez mas rara. Sin embar-
go, no me se olvidó que el día en que tomé el
grado de bachiller pasó por delante de la puer-
ta de la Universidad en el momento en que la
escucha voz de un bedel me prevenía que los
señores del tribunal habían pronunciado mi
nombre. Excuso decir que cuando salí del exá-
men la sombra había desaparecido.

Mas tarde, cuando el bigote empezó a servir
de apoyo a mi labio superior, en todas las mu-
chachas bonitas que veía creía encontrar ami-
gas de aquella mujer que nadie me sabía decir
cómo se llamaba. Y ¡oh candidez sin igual! las
facias el amor como un desesperado, con el solo
objetivo de ver si frecuentando su trato la veía.
Pero unas a los pocos meses, otras a las pocas
semanas, me hacían comprender con su frivo-
lidad que eran indignas de la amistad de aque-
lla mujer celestial y huía de ellas. Creía acer-
carme y me alejaba mas y mas.

Una tarde—aquella tarde si que pensé que
no se me escapaba—paseábame triste y medi-
tando por la Carrera de San Jerónimo. El
tiempo estaba frío y lluvioso. Los carruajes
que circulaban por aquel sitio me salpicaban
de todo, como si los dueños de ellos quisieran
con su opulencia y sus comodidades insultar
los dolores y la estrechez de mi vida de priva-
ciones y de trabajo. Mi pensamiento se dirigía
mas que nunca a mi bella desconocida.

De pronto mis ojos vieron pasar una sombra
que lo encapotado del cielo hacia mas vaga é
indecisa. Una claridad azulada parecía envol-
ver su hermosa cabeza como si la impacable
voz de un nimbo la rodeara... Era ella.

Como un loco crucé de una acera a otra. En
aquel momento, mi amada, el sueño de mi vida,
traspasaba los humbrales de un portal. Yo no
me detuve, seguí su huella, subí precipitada-
mente la escalera y no me quedó la menor
duda de que en el piso principal se había me-
dido.

Debía vivir allí. Yo estaba lo bastante ena-
morado para no pensar en las conveniencias.
La puerta estaba entreabierta y con planta
firme y recueta penetré en el que yo juzgaba
blando nido de la hermosa paloma. Nadie se
opuso a mi paso.

Mas, ¡oh decepción! cuando yo creí caer á
sus plantas, me encontré frente a frente de
una mesa cubierta con un tapete verde. Una
selección de hombres que sólo tenían ojos para
mirar cuatro cartas que había tendidas sobre

aquel tapete, murmuraban en voz casi imper-
ceptible sarcásticas imprecaciones a que sólo
se mezclaba el argentino son de las monedas
al chocar entre sí. Un poco mas lejos, el ruido
de una pequeña bola de marfil, girando con
una rapidez vertiginosa sobre un círculo me-
tálico, parecía el péndulo destinado a contar,
si no lo breve de la vida de los jugadores, lo
instable de las grandezas humanas.

En otra ocasión hubiera huido con horror de
aquel sitio; pero entonces tenía la convicción
de que la vería allí y me quedé.

Las escasas monedas que llevaba en el bol-
sillo empezaron a rodar sobre la mesa. La
suerte me favorecía. A los pocos momentos
tenía un montón de oro delante de mí. Cada
vez que acertaba una carta esperaba que la
mujer de mi sueño iba a aparecer; pero todo
en vano.

Al salir de aquella casa me avergoncé de mi
debilidad y comprendí mi torpeza. ¿Cómo era
posible encontrar entre tanto cieno aquel an-
gel tan puro y tan celestial.

No prosigo. ¿A qué continuar diciendo que
siempre va delante de mis pasos, y jamás lo-
gro alcanzarla? Cuando escribo un drama,
cuando emborrongo las cuartillas que han de
formar un libro, pienso que el eco de los aplau-
sos la atraerá. Pero el drama se representa,
el libro se publica y ni para compartir conmi-
go las alabanzas, ni para consolarme en mis
derrotas viene.

Hoy entre las ásperas hebras de aquel bigo-
te sedoso, todo en otro tiempo de mi labio su-
perior, suelo encontrar con mas frecuencia de
lo que yo quisiera una importuna cana. En mi
mente acariciada antes por halagadores en-
sueños de gloria y de amor, veo asomar a ve-
ces la descarnada calavera de la duda. Sin
embargo, todavía la persigo; pero siempre en
vano.

Recientemente he tenido una revelación im-
portante. Conozco ya su nombre. Esa encan-
tadora mujer, sosten de mis esperanzas, en-
canto de mi vida, se llama Felicidad.

Desde que he hecho este descubrimiento, sé
que no la podré encontrar nunca... Pero no
por eso dejó de perseguirla.

ANGEL R. CHAVES.

El devorador de novelas.

(HIGIENE Y MEDICINA POPULAR.)

Pasaron las licenciosas fábulas milisias, y mas tarde
Petrón y Apuleyo con el Satyricon y el Asno de oro,
dejándonos muestras de las costumbres de aquella
corrompida sociedad; pasaron tambien variamente ado-
radas de maravillosas ficciones, tras el sabio Turpin
mil Amadises, en abigarrada cohorte, espejo que retra-
ta el ideal caballeresco,—erótico—religioso, y el afán
de lo desconocido de los tiempos medios; y entre el bu-
llicio que prestaban a los calenturientos y anhelantes
cerebros los libros de caballería, apareció aseada la figu-
ra de Don Quijote, pasando tranquilamente su locura,
seguido del cachazudo y socarrón escudero por los ári-
dos campos de la Mancha. Al esfuerzo de su brazo, aque-
llos molinos de viento, aquellas inútiles y perjudiciales
ficciones, fútil pasto moral de las inteligencias, cayeron
para no levantarse jamás.

Entonces la novela española, de las que tan gallardas
muestras nos dejó Cervantes en las suyas, imitadas del
nacional y llenas de verdad, debían haber sustituido a los
libros de caballería; pero otro género, el bucólico, vino
a disputarles la primacía.

A las novelas pastorales a las Dianas y Galateas, ce-
dieron el campo los Amadises y los Belianis hasta en su
muerte galantes con la hermosura.

Estas novelas, como los libros de caballerías, parecen
vacías todas en la misma torquesa. Hermosas pasto-
ras de verdes ojos y dorada cabellera, ora desdenosas, ora
enamoras, apacientan placidamente sus rebaños de
blancos corderillos, en laderas de esmeraldas, bordadas
por serpientes de plata que en sonoro murmullo bajan
de los altos y oscuros riscos, y discretos pastores de la
familia de Tirse, de Eliecio y Nemoroso, lloran burlados
amores o cuentan sus aventuras entonando, cabe el
manso arroyuelo con horadado caramillo, conceptuosos
sonetos o sendas canciones que expresan sus sentimen-
tos, y que escuchan en la vecina selva, oculta entre los
verdes sauces, melodiosa Filomena; aventuras discretas
e ingeniosas, hermosos cuadros descriptivos de la natu-
raleza, y otras muchas bellezas aterroran; pero decaí-
dos y como disueltos en la languidez de la acción, la mo-
notonía de las escenas, y sofocante largura de estas no-
velas. Tras ellas, bajo la bien cortada pluma de don
Mariano de Zayas, brotaron las amorosas, que si bien de-
muestra libros y presentando un exagerado realismo,
aunque con su fin moralizador, seguían el camino de
nuestro genio patrio, y presentaban acabados cuadros
que retrataban con vivos colores la naturaleza. Mas tar-
de, una multitud de novelas de extraordinarias dimen-
siones, ligüres y desgarradas por su melodramático
argumento, de trama complicadísima y de innumerables
personajes, obras donde la imaginación y el sentimiento se
ven de continuo tristemente impresionados, con sus
desgraciadas y hermosas ladys y mistres, con sus nobles
y galantes lores, con sus tiranos de hierro y sus femeni-
nos y execrables traidores; ponen un yugo doloroso a la
literatura y a las inteligencias, siendo, al extinguirse, la
que dejó el campo a las creaciones político-sociales de
Dumas, de Eugenio Sue y de Victor-Hugo.

En nuestros días la novela ha tomado un extraordina-
rio incremento. España se ve inundada por una multitud
de ellas que circulan profusamente por todas partes, siendo
el alimento moral de la mayoría de las personas que leen.
Si bien muy desemejantes en cuanto a su género, pueden
reducirse a dos grupos: uno constituye la novela sencí-
la filosófica o naturalista, adornada de episodios y des-
cripciones, tranquila y reposada, de caracteres reales y
conservando la hermosura y lo castizo ó la pura sencí-
llez del lenguaje. Fernán-Caballero, Harzenbuch, Tru-
ba, Valera, Alarcón, Pereda, Perez Galdós y otros escri-
tores han producido cuentos y novelas donde el ánimo
se recrea en la contemplación de la belleza se perfecciona
el gusto y desenvuelve el sentimiento estético. Pero es-
tas obras, por desgracia, son las menos; otro género, la
novela científica, tambien debe colocarse en el lugar de
las buenas lecturas. Si bien dentro del didactismo lite-
rario, las obras de Julio Verne no son novelas, son
ciertamente unas ingeniosas obras que deleitan el áni-
mo, pintan de mano maestra la naturaleza y donde
podemos admirar una poderosa imaginación que, apoyada
sobre los adelantos científicos, nos lleva a un mundo
mientras pero lleno de las mas peregrinas ficciones.

Tambien la novela histórica, tal como la trataba Wal-
ter-Scott constituye una lectura instructiva, amena y
provechosa. Pero la agrupación mas numerosa de nove-
las está constituida por esa plaga literaria que pulula
por todas partes, mostruoso donde enmascarados con
un rídiculo romanticismo y una poesía de grupo, se pre-
senta a la incauta inteligencia de los lectores los mas
inmorales vicios de la humanidad. No son obras de arte,
y por lo tanto, su lectura no reporta las ventajas que
siempre da el roce de la belleza; por el contrario, per-
turba el gusto y dificulta la facultad de sentir, acos-
tumbra a ver mezclados y unidos los vicios de mas
grosera sensualidad a los acontecimientos ordinarios de
la vida.

Su lectura constante, como produce un mal, y un mal
de bastante trascendencia, puede llamarse vicio, agota
el sentimiento, provoca artificialmente las pasiones, y
perturba las facultades intelectuales afectivas y la mo-

ralidad del individuo. Suele observarse este vicio en to-
das las edades, pero casi siempre es patrimonio de la pu-
bertad; las jóvenes y los estudiantes, suelen entregarse
a él con mucha frecuencia y su salud tambien es muchas
veces afectada por esta causa.

El devorador de novelas, que así damos el nombre a
los que se entregan a este vicio, se queda corto de vista,
se enerva y debilita por la falta de ejercicio, y se pone,
como obetado, como el borracho, ó el fumador de opio.—
¡Vedle! ¡Es él! Inclinado sobre el libro, tendido en su le-
cho permanece inmóvil horas enteras, pero callado: no le
hableis. ¡No, hableis! Ved la fruición de su fisonomía;
ahora lee una novela interesantísima, se titula *Cinco mi-
nutos mas tarde, Amelia ó la joven del subterráneo*; y
está en uno de sus mas notables episodios. Escuchad.

Amelia y Edmundo bajan al jardín:

Era de noche.

La luna plateaba con sus blancos rayos las flores.

Amelia es una joven encantadora.

Sus cabellos son de ébano: sus ojos negros: sus pesta-
ñas oscuras: sus labios de coral: su cutis fino y delicado,
transparente como el mármol.

Mira a Edmundo con una sonrisa encantadora.

Edmundo la toma una mano blanca como la nieve de
la montaña.

Se sienta en un banco de siemprevivas y encantadoras
pasionarias.

La perspectiva es deliciosa.

Edmundo es moreno: su mirada es expresiva: sus ojos
son penetrantes: mira a Amelia con una expresión de fue-
go. Amelia se estremee bajo la mirada de Edmundo.

El estampó un apasionado beso en la mano. Ella ex-
clamó: ¡Oh! ¡Te amo!!

En este momento una muchacha, con cara de criada
de treinta reales al mes, entra en la habitación y dice:
¡Señorito, la comida! El joven se vuelve como herido por
una serpiente de cascabel, con las facciones descom-
puestas por la ira. ¡La comida! exclama con una mal
comprimida desesperación, ¡voy! y reclinando con tre-
mulo ademán, cual si fuera nocturna vision de pesadilla
a la sirvienta, vuelve hacia el libro los codiciosos ojos y
sigue ávidamente devorando la novela. Y así leyendo,
se pasa los días de turbio en turbio y las noches de cla-
ro en claro, iluminado por una pálida vela que diaria-
mente sacrifica entera en aras de su afición y perjuicio
de su salud; mientras condenados a eterna clausura ó en
polvoroso abandono, duermen el sueño del olvido, la
Anatomía ó el Derecho romano, para no despertar hasta
el *Día ira*, 1.º de Junio, en que llamará a su conciencia
el ángel de la trompeta gritando con terrible voz: ¡Los
exámenes!

Sin embargo, el devorador come y bebe y sale a la ca-
lle como los demás mortales, pero con la particularidad
de que pocas veces sale solo; si le registra, casi siempre
veréis que lleva la novela en el bolsillo, y en los pasos
las clases, en donde pueda, sacará el fatal libro y se pon-
drá a adelantar algunas hojas mas. Yo los he visto leer en
los entrecantos a la escuela, luz que queda en las butacas,
y a la de la luna, malgastando y destruyendo impruden-
temente su vista. Pero aunque el devorador lee mucho, no
por eso le gusta la literatura, suele con mucha frecuencia
aburrirse. No advierte ni aprecia la gracia de la inven-
ción, ni el ingenio de la trama, ni la profundidad del
concepto, la hermosura y lo galano de la forma, la natu-
ralidad del desarrollo, ni la verdad de los caracteres; él
va solamente siguiendo el argumento, impresionándose
de las situaciones hasta llegar al fin, y cuando ha devo-
rado todas las sensaciones de una obra, busca ávida-
mente otra y otra, pareciéndole que sin libro nuevo, no
hay para él ni sosiego ni felicidad.

El devorador se identifica con los personajes de la
obra que lee; fórmanse con ellos su mundo imaginario,
y tiene en menos, y trata con frialdad y desprecio a las
personas que le rodean: esto es tambien muy comun tratán-
dose de las jóvenes devoradoras; algunas, las mas, embe-
bidas en la lectura, no tienen novio. ¿Y cómo lo han de
tener? ¿Cómo encontrar aquellos apasionados y aristocrá-
ticos amantes, marqueses, duques y héroes entre los
mezquinos é incompletos jóvenes que la prosaica reali-
dad de la vida les ofrece? Enamóranse de un ente de ra-
zon, de una ficción ideal y esa prisión sin objeto los pro-
duce un vacío moral, una inquietud nerviosa, que mar-
chita muchas veces sus gracias y compromete tambien
muy a menudo su salud.

Al devorador le sucede lo mismo: yo he visto, entre
otros muchos, a un joven frenéticamente entregado de
continuo a la contemplación de la heroína de una nove-
la que había leído, la cual, segun el enfermo decía, no
se apartaba un instante de su imaginación; un cambio
de educación literaria, después de los medios terapéuti-
cos que su estado requería, triunfaron de aquel peligroso
estado.

He hablado de él como enfermo porque, bajo este
concepto, tuve ocasión de verlo, porque el devorador
solo cuando se decama rápidamente, le falta la actitud
precisa para sus ocupaciones, y el neurosismo, el in-
somnia y la fiebre le atacan, es cuando recurre al mé-
dico; mientras su estado de salud no es alarmante, no
consulta a la ciencia; sólo la necesidad le hace vencer
la repugnancia que experimenta al dar cuenta de lo que
siente, de sus vicios y sus quimeras.

Sin embargo, aunque lo calle, un ojo algo práctico
reconoce fácilmente al devorador, porque inconscien-
temente es influido por las obras a cuya lectura se en-
trega; afecta en sus modales el aire de distinción de
los héroes de cuyas imágenes tiene lleno el cerebro; se
cree superior a los demás mortales y sus frases toman
un tinte de ridículo romanticismo y ampulosa eleva-
ción.

El vicio de devorar novelas se apodera suave y paula-
tinamente de los individuos; al principio las jóvenes pi-
den confidencialmente libros a sus amigos y leen con
avidez los folletines de los periódicos; al por ventura, al
buscar anhelante entre las columnas la novela, no la
hallan, las vereis exclamar mientras frunciendo los ojos
labios, hacen una desdenosa mueca. ¡Qué fastidio! Esta
es su frase si le pones en la mano algun libro racional,
aunque sea de buena literatura; pero dadles esas otras
que se titulan *El Puñal sangriento*, *El beso maldito*, *La
flor seca*, *memorias de una educanda*, *Secretos de una
pasión*, etc., etc., y cuyas láminas, hechas por los prin-
cipales artistas, representan las escenas mas interesantes
de la obra; esto es, reptos, asesinatos y todo género de
obscenidades y crímenes, y así se leerán de cabo a rabo
aunque tenga cinco tomos. Está de Dios que la mujer ha
de ser tentada por las celebras. Eva lo fué en el paraíso,
y sus hijas en el siglo XIX por esas serpientes que llegan
por entregas arrastrándose por debajo de las puertas,
para inculcarles el amor al coquetismo, a la molice, para
excitar artificialmente sus pasiones y dar lugar a la de-
generación física y moral de la juventud.

Para evitar estos males, bueno fuera excitar a los ex-
critores en contra de la cizaña literaria, a la prensa a
que quide mucho de lo que publica en sus folletines, y a
la crítica para que ilustre la opinión y sirva de guía,
como sirve en el teatro a las familias. Advirtiéndole, que
en estos ligeros brochazos que, apuntados del natural
hemos escrito, no hemos querido recargar el cuadro con
los ligüres colores que podían prestarnos los trascen-
dentes desastres patológicos que hemos observado
tantas veces, porque no todo se puede decir ni publicar.

J. PARADA Y SANTIN.

París.

El bofetón de Mlle. Bernage ha alcanzado
verdadera celebridad; la simpática artista del
tercer teatro francés por poco derriba al pre-
fecto, al sacudir su linda mano sobre el galan-
teador tenaz de la plaza del Chateau d'Eau. *Le
Petit Parisien* y *La Lanterne* (que siempre han
sido muy aficionados a demoler prefecturas),
dieron a Mr. Andrieux una acometida por el
estilo de la que, no ha mucho tiempo, hizo di-
mitir a Mr. Gigot.

Mr. Andrieux, al fin, se ha sostenido; pero
corrío gran peligro de seguir la suerte de su
predecesor.

Si Mlle. Bernage llega a descargar dos bofe-
tones derriba al ministerio en masa.

El número de *La Lanterne* que daba cuenta
del suceso, fué recogido; la Cámara de Versa-
lles se ocupó extensamente del asunto. No fal-
taba ya mas sino que el desdichado Tenorio de
la plaza del Chateau d'Eau hubiese pertenecido
a una nación extranjera, que se hubiese pro-
movido una cuestión internacional... y el bofe-
tón de la joven actriz pasaba a la historia.

El prefecto, al ocuparse del hecho en la Cá-
mara de diputados, aseguró que no era cierto
que en la tarjeta presentada por el galanteador
a los *sergents de ville* dijese: *Agente de policía
de las costumbres*. Segun Mr. Andrieux, en la
tarjeta decía: *Individuo de la sociedad protec-
tora de animales*.

En vista de esto, pregunta *Le Rappel* a qué
clase de animales protegía dicho individuo.

Mr. Andrieux sostiene que la tarjeta era en-
carnada; Mlle. Bernage dice que la tarjeta era
verde. Posible es que ambos tengan razon si
un diario de la mañana prueba, segun pro-
mete, que las tarjetas de los agentes de las
costumbres son encarnadas por un lado y ver-
des por otro.

Entretanto, el tercer teatro francés se ve
concurrido como nunca; el argumento de la
obra que se representa interesa poco, pero la
cuestión es ver a Mlle. Bernage. Apenas esta
aparece sobre las tablas suena una salva de
aplausos; lo primero que miran todos, ya po-
deis suponerlo, es... su mano.

Hasta ahora nadie se ocupaba de dicha ar-
tista; hoy todos la nombran. La opinión polí-
tica influye poderosamente en los juicios que
se forman respecto a su talento y a su hermo-
sura. Unos la encuentran detestable; otros
proponen que se la contrate en la Comedia
francesa.

En lo que están todos conformes es en elo-
giar el aplomo de su mano derecha. Son innu-
merables las felicitaciones que recibe; el em-
presario ha tenido que tomar serias medidas
para que su cuarto no sea invadido por una
turba de enamorados *extra-oficiales* que acun-
den a visitarla durante los entreactos.

Preveo que el bofetón de Mlle. Bernage va a
asegurar el porvenir de esta señorita.

Calculemos las consecuencias que pued-
traer tal ejemplo.

Paris está alarmado ante la actitud de otra
artista: Sarah Bernhardt ha dado su dimisión
a Mr. Perrin; los periódicos tocan a rebato
ante esta grave noticia; jamás la cuestión de
Oriente se presentó tan pavorosa como hoy se
presenta la cuestión Sarah Bernhardt.

Y en qué momentos se le ha ocurrido a Sa-
rah dar su dimisión! Cuando Paris se dispo-
nia a recibirla en triunfo, celebrando sus éxi-
tos de Londres! Cuando la prensa acababa de
anunciar la terminación de su drama *El
after de oro*, que ella misma debía interpre-
tar! Cuando se dibujaban en el horizonte del
próximo invierno *Le roi s'amuse* y una obra
nueva del gran maestro!...

No; Sarah no puede partir. Es preciso que se
quede.

Y a dónde la grande actriz quiere dirigir su
rumbo? A América! A ese país donde la Ra-
chel se agostó prematuramente! Los millones
americanos dícese que la han seducido; los
yankées están a punto de arrebatárnosla.

Para cuando son los reglamentos de los te-
tros oficiales! Pero ya que se habla del decre-
to de Moscou, ¿no es verdad que causa miedo sólo
el pronunciar este nombre?

El decreto de Moscou, dado por Napoleon I
ante los muros de la antigua capital de Rusia,
determina las entradas y salidas de los sócios
de la Comedia francesa. En dicho decreto la sa-
lida de un artista está erizada de artículos de
ley casi inexpugnables.

Pero una vez planteada la cuestión en este
terreno, es de temer que a Napoleon I le aguar-
de un nuevo Waterloo.

Hace algunos días que se ha abierto la pesca
de caña. Las orillas del Sena y del Marne es-
tán llenas de aficionados, cubiertos con gran-
des sombreros de paja.

Cualquiera diría al ver a estos dichosos sé-
res, sentados tranquilamente horas y horas
al borde del agua, que eran los seres mas ino-
fensivos y mas pacíficos de la creación.

Desconfiad de ellos; nada tienen de pacíficos
ni de inofensivos. Yo los encuentro abomina-
bles. Nada mas horrible que la fria premedita-
ción con que acechan a sus victimas.

Uno de los lugares preferidos por los pesca-
dores de caña es la escala que está junto al
Palacio de Justicia.

No me explico esta predilección. ¿Es posible
que haya peces en aquel sitio?

Porque allí la pesca está abierta todo el año.

Está de moda el contar cosas de Inglaterra.
Carlos Monselet nos entretuvo agradable-
mente con sus anécdotas y sus descripciones.
Francisco Sarcey, que se fué tambien a Lón-
dres, entre las maletas de Sarah Bernhardt y
de la Croizette, prepara una conferencia don-
de manifestará las impresiones que trae de la
gran ciudad británica.

Aureliano Scholl no ha querido ser menos
que sus colegas, y nos entera de una curiosa
asociación que existe al otro lado del canal de
la Mancha: «En Inglaterra, país práctico por
excelencia,—dice Scholl,—existe una *Sociedad
del Purgatorio*, compañía de seguros por accio-
nes, cuyos miembros pagan una cuota sema-
nal, destinada a sostener cierto número de sa-
cerdotes, que con sus oraciones se obligan a
redimir de las llamas del Purgatorio las almas
de los accionistas. Una pronta salvación les
está garantizada a todos ellos, siempre que
hasta el tiempo de su muerte conste pagada
con exactitud su correspondiente cuota sema-
nal.»

Esta Sociedad se debía titular: *Sociedad de
seguros contra incendios*.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 4 de julio 1879.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almudena, 2.